

***DISCURSOS ACADÉMICOS***



***SESIÓN EN RECUERDO DEL ILMO. SR.  
D. AURELIO GÓMEZ DE TERREROS SÁNCHEZ***

***Palabras de la presidenta***

Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Querida familia Gómez de Terreros,  
Señoras y Señores:

Nos reunimos hoy para recordar la figura de un hombre que fue no solo un gran arquitecto, sino un persona íntegra, que ha dejado, sin duda, con sus obras una huella indeleble en la ciudad y de manera muy especial en la Escuela de Arquitectura de Sevilla, de la que fue su primer director. Como Académico tuvo siempre un comportamiento ejemplar, con asistencia asidua a todas las sesiones y participando en ellas de manera activa hasta sus últimos días, y ostentando con orgullo la medalla que ya anteriormente había pertenecido a otros miembros de su familia.

De sus méritos como arquitecto hará a continuación una breve semblanza D. Ramón Queiro, Académico-Conservador de esta Casa de los Pinelo y colaborador suyo en la Escuela de Arquitectura. Nosotros le recordaremos

siempre con enorme cariño por sus valores humanos y profesionales. Descanse en paz.

Tiene la palabra D. Ramón Queiro.

*En recuerdo de*  
***D. Aurelio Gómez de Terreros Sánchez***  
*por D. Ramón Queiro Filgueira*

Excma. Sra. Presidenta de la Real Academia,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Querida familia Gómez de Terreros,  
Señoras y Señores:

Agradezco a la Academia el permitirme en esta sesión evocar la figura de AURELIO GÓMEZ DE TERREROS SÁNCHEZ como ACADÉMICO.

Por tenerla convalidada previamente, no cursé la asignatura de Materiales de Construcción, de la que Don Aurelio fue catedrático hasta su jubilación, tanto en la Escuela de Aparejadores como en la de Arquitectura, razón por la que no fue mi profesor, pero sí fue mi único director en todo el periodo de alumno. Siempre lo he tratado como Don Aurelio, no solo por el natural respeto a la jerarquía académica y la diferencia de edad, sino también, por el principio de autoridad que con tanta eficacia supo ejercer. Parece natural en consecuencia, que en este acto recuerde el tramo final de su vida por ser el que mejor conozco, su perfil como Académico, pero también, como colega de profesión, vecino cercano, y miembro de la misma comunidad parroquial de El Sagrario, todo lo cual, contribuyó decisivamente a que se tejieran entre nosotros lazos fraternales de amistad casi familiar.

Fue elegido para ocupar el sillón nº 22, de la Sección de Arquitectura de esta Academia el 25 de junio de 1991, y debido a que le antecede en el orden de ingreso, por protocolo, me correspondió el honor de acompañarle al estrado para la lectura de su Discurso de Ingreso titulado “Gesto social de la Arquitectura sevillana, 1926-1995”, el 6 de febrero de 1998.

Debido a que siempre fue muy disciplinado y cumplidor, después de su elección en el 91, se incorporó inmediatamente a las tareas de la Academia, tomándose un largo periodo de tiempo para la redacción y lectura de su Discurso, pero sin menguar su continua e intensa colaboración con esta Institución, hasta que fue reclamado por el Altísimo el 2 de noviembre del pasado año, cumplidos ya los 90 años de edad.

Seguramente por mi procedencia de un medio rural, debo confesar con cierto halo de admiración, que la imagen personal de Don Aurelio nunca la he podido desvincular de su pertenencia a una saga familiar de arquitectos, cuyas aportaciones profesionales resultan fundamentales para entender la Sevilla de la primera mitad del siglo XX.

Su abuelo, José Gómez Otero, fue arquitecto director de los Reales Alcázares durante 45 años, desde 1875 hasta su jubilación en 1920 y el primer ACADÉMICO de la familia, desde el 28 de marzo de 1896 hasta el 19 de julio de 1920, ocupando la Plaza nº 11.

Su tía, Ana Gómez Millán, se casa con Aníbal González, creando un vínculo político que refuerza la saga. Resulta bastante evidente, la gran contribución de Aníbal González a la formalización de la Sevilla del siglo XX, pero yo no quiero desperdiciar esta ocasión, para destacar también que los arquitectos le debemos a Aníbal González el que impulsara y presidiera en 1920 la Asociación de Arquitectos de Andalucía, antecedente y germen del futuro COLEGIO OFICIAL de ARQUITECTOS, creado casi tres años después de su muerte, el 21 de Noviembre de 1931, origen de nuestro COLEGIO actual.

Su padre, Aurelio Gómez Millán, cuñado de Aníbal González, era el menor de los tres hermanos arquitectos: José (1903), Antonio (1912), y el propio Aurelio (1922).

José, por su condición de primogénito, sucede a su padre en los Reales Alcázares, y también es elegido para ocupar su vacante en esta Real Academia, desde el 5 de mayo de 1921 al 15 de junio de 1925, siendo en consecuencia, el segundo ACADÉMICO de la familia. También fue el cuarto Decano del Colegio de Arquitectos, del 39 al 41, y presidente del ATENEOS.

Antonio, fue arquitecto titular de la Diputación, muy aficionado a la arqueología y con preocupación específica por los problemas de la ciudad his-

tórica. Tuvo el honor de ser elegido el primer Decano del Colegio de Arquitectos, de un ámbito que incluía toda Andalucía, Marruecos y Canarias y durante dos mandatos, del 31-33 y del 35-37, acometiendo en tiempos históricos muy difíciles, la puesta en marcha de un sistema de representación profesional fundamental para los arquitectos del momento y sobre todo del futuro.

Aurelio, nada más terminar la carrera en 1922 regresa a Sevilla, y su cuñado Aníbal González lo incorpora al proyecto de la Exposición como Arquitecto auxiliar, ocupándose de la dirección de las obras de la Plaza de España. Su vinculación oficial con la Exposición finaliza con la dimisión de Aníbal González en 1926, iniciando una dilatada vida profesional dedicada al ejercicio libre de la profesión, desvinculada totalmente de cargos oficiales. Mediante encargos particulares, proyecta y dirige los Pabellones de Cruz del Campo y Domecq de la Exposición, que serían premiados respectivamente con Medalla de Oro y Diploma de Honor. Fue arquitecto conservador de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería, y gozó de la confianza del Cardenal Segura como Arquitecto Diocesano. El 13 de mayo de 1935 fue elegido numerario de esta Real Corporación para la plaza nº22 que ocupó durante más de medio siglo, permitiendo que la Academia le concediera su Medalla de Oro, siendo en consecuencia, el tercer ACADÉMICO de la saga, al que sucede su hijo, al que hoy evocamos, Aurelio Gómez de Terreros Sánchez.

Nuestro Don Aurelio, es en consecuencia, el continuador de la vocación familiar por la arquitectura y las preocupaciones académicas, al convertirse en el cuarto ACADÉMICO de la familia.

Le acompañan en la asunción de ese legado sus hermanos; Álvaro, que fue arquitecto titular de la Diputación hasta su jubilación; y Juan Jesús, aparejador.

Según me cuenta Álvaro, al que me une una entrañable amistad, constituían una familia numerosa de 8 hermanos, 6 varones y dos hembras. Su madre cuidaba especialmente la imagen y educación de las niñas, comprándole los mejores vestidos para que lucieran socialmente de cara al futuro matrimonio. En cambio a los niños, se les sometía a un régimen de mayor disciplina de estudio y trabajo, teniendo que compartir o heredar la ropa, juguetes, libros, bicicletas, etc. de los hermanos mayores. También me dice Álvaro, que en la primera mitad del siglo XX, un arquitecto aunque gozara de gran prestigio profesional como su padre, cobraba fundamentalmente en especie. En casa nunca les faltaban los alimentos básicos, aceite, arroz, pollos, etc. pero disponían de escaso dinero y tenían que administrarlo con estrecheces para sacar

adelante una numerosa familia. Es algo que también me confesó D. Antonio Delgado Roig, cuando hablábamos de la creación del Colegio de Arquitectos y el establecimiento de las Tarifas de Honorarios, fundamentales para la dignificación del ejercicio profesional del arquitecto.

Su madre, de profunda religiosidad, educa a su prole en la fe cristiana, comenzando por su primogénito Aurelio, y tal como el propio Aurelio confiesa al final de su discurso, “mi madre-con solo siete años- quiso que ayudase a Misa en el Santuario de Regla de Chipiona”, ejerciendo como segundo monaguillo, lo cual creo que marca su niñez y refuerza su religiosidad hasta el punto que en su adolescencia intenta hacerse Jesuita, viviendo una corta estancia en el Noviciado del Puerto, aunque finalmente se imponga su compromiso familiar con la arquitectura, pero compatibilizándola siempre con los cursillos de cristiandad. Su religiosidad ya no le abandona nunca, y será un rasgo fundamental de su forma de ser sin el cual no podría entenderse ni su vida y ni su obra.

En el frontispicio de su discurso de ingreso y antes de realizar los protocolarios saludos nos sorprendió a todos recitando el siguiente versículo latino:

*“Ad deum qui letificat juventuten mean”*, repetido al final del mismo, como cierre del círculo de su trayectoria espiritual como seglar.

Su DISCURSO, también es una confesión general que comienza con su nacimiento en 1926 y finaliza en 1995, cuando comienza su preparación.

Lo inicia, definiendo a su padre como ilustre arquitecto, insigne artista, y modélico padre. Agradece a la familia Bassegoda su acogida en Barcelona en su época de estudiante, y especialmente a Juan Bassegoda Nonel, el cual en 1975 le propuso como Académico Correspondiente en Sevilla de la Real Academia Catalana de Bellas Artes de San Jorge, y mirándose en su espejo, debido a que Juan Bassegoda también había sucedido en la Academia de Barcelona a su padre D. Buenaventura.

Plantea, una definición de la Arquitectura a partir de la que hace Ortega y Gasset, que la considera como “un inmenso gesto social”.

Reflexiona, sobre la evolución urbana de 70 años del siglo XX, con apreciaciones muy personales ligadas a su desarrollo profesional. Su experiencia temprana (1957) como Arquitecto de la Sección de Urbanismo del Ayuntamiento de Sevilla, y como Arquitecto Municipal de Carmona (60-76), le permiten hacer un análisis urbanístico con el que sintonizo, teniendo la deferencia de tener en cuenta mi propio discurso de ingreso, al que cita en varias ocasiones. También reflexiona, sobre el estado de conservación del ca-



serío del centro histórico y su política de conservación, haciendo hincapié en los corrales de vecinos, sus condiciones higiénicas y sus problemas de convivencia, desde el conocimiento “in situ” que le proporciona su trabajo como Arquitecto de la Cámara de la Propiedad Urbana, y los que le proporcionan el ser Catedrático de Materiales de Construcción. Y siempre, con la sensibilidad inherente a su responsabilidad como arquitecto conservador de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería.

Desde el punto de vista humano, consideré el DISCURSO como una confesión general, pero desde el punto de vista académico, es sin duda, una forma muy realista de hacer historia.

Entre su dilema interior de juventud por ser jesuita o arquitecto, se decidió por lo segundo, debiendo pesar en esa decisión el sentido de responsabilidad de dar continuidad a la vocación de su clan familiar.

Se casó con una catalana con nombre que no oculta su procedencia, -Montserrat, nuestra Montse, porque además de convertirse en sevillana, y acompañarle hasta casi el final de sus días, también frecuenta con asiduidad la Academia, siendo una más entre nosotros.

Como sus padres, Aurelio y Montse también tuvieron una familia numerosa de siete hijos, pero con un sensible cambio, dos varones y cinco niñas. Pero ahora las niñas ya no se educan solo para ser grandes damas, deben formarse para competir en igualdad con los hombres.

Era inevitable, que no se podía prescindir de la vocación familiar, motivo por el que Aurelio, Aurelio III como lo llama su tío Álvaro, Pedro, y María Gracia, se hacen arquitectos, y María del Valle, historiadora de la arquitectura, y además, todos dedicados a la docencia de la construcción; en la Escuela de Arquitectura, de Ingeniería de la Construcción y la Universidad Pablo de Olavide.

Volviendo al principio, repito que difícilmente se podría entender la conformación de la Sevilla del siglo XX, sin las aportaciones de esta gran familia, y como sostén de dicha afirmación, resulta imprescindible la consulta de los catálogos de sus obras que realiza M<sup>a</sup> del Valle Gómez de Terreros Guardiola, a quien en 1987 la Delegación de Sevilla del Colegio de Arquitectos, le publica el libro que analiza la obra de su abuelo Aurelio. En 1993, también el Colegio y la Fundación El Monte le publican la investigación de su tesis doctoral en forma de libro titulado: ANTONIO GÓMEZ-MILLÀN (1883-1956), el cual es mucho más que una biografía y un catálogo, es sin duda, una lúcida aportación para la comprensión de la arquitectura que conforma la ciudad en la primera mitad del siglo XX. Analiza la obra de Antonio

en el contexto de su tiempo, no solo con referencias a las obras de su saga familiar, sino también, a todo el plantel de arquitectos locales que construyeron la ciudad en ese cercano periodo histórico: José Espiau, Juan Talavera y Heredia, José Granados de la Vega, Antonio Illanes del Río, Gabriel Lupiáñez, Rafael Arévalo Carrasco, Rodrigo Medina, José Galnares, Antonio Delgado Roig etc., y foráneos como Modesto López Otero, Vicente Traver, Joaquín Otamendi etc. Es un estudio que nos acerca a la corriente historicista, que se canalizará de forma generalizada hacia el regionalismo, y a la rápida decadencia del modernismo, dejando solo en meritorios esfuerzos puntuales la implantación de los criterios del movimiento moderno.

Lo que calificábamos en Don Aurelio como una confesión y una personal forma de hacer historia, se transforma en su hija María del Valle, en un riguroso y científico modo de hacer historia, pero siguiendo el hilo conductor que reivindica el sagrado legado familiar. Toda esta contribución de M<sup>a</sup> del Valle a la historia reciente de la arquitectura local, hace que el 18 de enero del 2000 se le elija Correspondiente de esta Academia en Huelva, donde ya era catedrática de su Universidad, siendo en consecuencia la quinta ACADÉMICA de la saga.

En el plano personal, no dudo en añadir a las aportaciones de Don Aurelio, el legado de sus propios hijos, como sucediera con su padre y su abuelo.

Su dedicación a la Academia fue total. Solo se ha visto mermada con la enfermedad de su mujer a la que dedicó todos sus cuidados, así como a su hija menor Teresa, hasta los últimos momentos de su cristiana vida, comportamiento que agranda su figura.

Esta Real Academia que hoy le recuerda con este solemne acto, ha superado tres siglos de historia, porque siempre se ha adaptado a los nuevos tiempos, pero también, porque siempre ha sido muy respetuosa con la historia de la ciudad, a la que tanto ha contribuido esta saga familiar. Querida familia, recibid nuestras condolencias, pero también, nuestro agradecimiento.